



La Ilustración Católica



BADILLO



MANCHON

SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por V. P. Nulema.—La Alpujarra, carta segunda, por D. Miguel Gutierrez.—El Monasterio de Nuestra Señora de la Vid, por D. Tirso Lopez, S. O. Aug.—Sentimientos, por D. Julio Alarcon y Melendez.—Juan de Juanes, por D. M. Perez Villamil.—Los Grabados, por V.—Cristina, por D. Ramon Segade.

GRABADOS.—Retrato de Juan de Juanes.—Cláustro del Monasterio de Nuestra Señora de la Vid.—Vista del puerto de Vigo, visitado por la escuadra inglesa el 1.º de los corrientes.—Sepulcro de Fray Luis de Granada.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses. 16 rs.
Un año. 60 "
Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses. 2 1/2 ps.
Un año. 4 "

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses. 44 fr.
Un año. 21 "
Filipinas y Méjico.
Seis meses. 3 1/2 ps.
Un año. 6 "

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 21 de Agosto de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año III.—Tomo III.

NUMERO 7.º

Numero suelto, real y medio.

REVISTA.

El mes de Agosto va declinando al sepulcro abatido y extenuado por el rigor de los calores. Aunque el infeliz procura alejarse de su antecesor, petrificado ya en el panteon de la historia, no puede resistir al empuje del futuro Setiembre, que se acerca á nosotros coronado de pámpanos como Baco, alegre y regocijado con romerías, mercados y ferias.

Agosto se va, sin que nadie en Madrid se acerque á darle la mano. Es el mes más triste de la corte, el mes de la emigracion y de las ausencias, el mes de los grandes calores, en que nadie sale de casa sin hacer ántes testamento y encomendarse á Santa Bárbara; mes de luto general, en que se ven cerradas las puertas de las casas, caídas las persianas sobre los balcones, y, envueltos en tinieblas, en lo más recóndito de sus cuartos, á los moradores de Madrid.

Vaya con Dios el mes de Agosto, que este año ha sido de los buenos, y ojalá que no exija de nosotros una calurosa y ardiente despedida.

Sea clemente con nosotros en los dias que le faltan, y así guardaremos más fresca su memoria.

Duradera será, pero no fresca, la que guarden de este mes la multitud verdaderamente asombrosa de pueblos que lloran en estos dias los estragos del fuego.

En el pueblo de Anciles han ocurrido desgracias espantosas; baste decir que de treinta y cuatro casas que tenia el pueblo, han desaparecido treinta. El venerable párroco ha sido víctima de la catástrofe.

En Pollos se quemaron el mismo dia ocho casas, y en Arcos, Paterna y Medina, de la provincia de

Cádiz, y en San Juan de la Peña, de Huéscá, ardiéron al propio tiempo casas, mieses y montes.

Pasan de veinte los incendios ocurridos en este mes, que han causado grandes pérdidas y desgracias; pero no es esto lo más grave, sino que al decir de las mismas autoridades, la mayor parte de los incendios han sido intencionados.

¿Qué significa esto? ¿Que ha penetrado en España la tea nihilista de Rusia? ¿Que avanzan á pasos de gigante las conquistas del petróleo?

Sin apelar á estas explicaciones, se puede afirmar que la repetición de incendios intencionados acusa una depravacion creciente de las costumbres públicas. No es necesario que el nihilismo abra entre nosotros sucursales de dinamita; no hay que atribuirlo todo al petróleo de Francia. donde quiera que el sentimiento religioso se apaga, por fuerza estallan los combustibles de las pasiones inflamadas, que reducen la sociedad á cenizas.

Los nihilistas, los demagogos, y cuantas sectas aparecen tremolando la tea esterminadora, no son más que fórmulas con que se expresa una idea general que bulle en el espíritu de las sociedades sin religion. No tienen categoría de causas, son simples efectos; son plantas mortíferas nacidas de una tierra envenenada por la impiedad.

Por eso repetimos que no es preciso atribuir los incendios de España á la tea de Rusia, aunque sea uno mismo el combusti-



JUAN DE JUANES.

ble; hay que atribuirlos á la decadencia de la religion en el corazon de los pueblos, causa necesaria del estallido de las malas pasiones, enemigas de la sociedad y del hombre.

Cuando se apaga el fuego de la caridad, se enciende el fuego del pecado.

El Congreso de Ciencias Médicas, reunido en Cádiz, acaba de tomar un acuerdo que nos parece digno de mención. A propuesta del Dr. Rubio, bien conocido por sus ideas radicales, se convino unánimemente en la necesidad de trabajar á nombre de la «ciencia médica», para que los periódicos dejen de publicar noticias de suicidios, y los novelistas y dramaturgos cesen de sacar estos crímenes al teatro.

La ciencia viene de este modo á pagar tributo á la moral cristiana, la cual siempre ha reprobado el abuso del ingenio poético que se goza en convertir á los suicidas en héroes, y muchas veces en mártires.

La ciencia impía había dicho por boca de Schiller: «¿Qué cosa puede haber más sublime que la desesperación, la cual todos los bienes de la vida, y aún la vida misma, los reduce á polvo por no poder sufrir ni hacerse sorda á la voz de su conciencia que le condena?» Y la moral cristiana protestó contra este absurdo verdaderamente sacrilego, no sólo en nombre de la virtud, sino en nombre también de la belleza artística.

La ciencia, como ahora se dice, viene á confesar que con el principio de Schiller y de su escuela, la sociedad se disuelve, porque el suicidio se hace contagioso en una atmósfera donde faltan los hálitos puros de la moral cristiana, y crecen como cizaña los horrores del crimen.

Cuando ciertos dramas en que el suicidio aparece ennoblecido, nada ménos que con la aureola del martirio, comenzaron á hacerse famosos, la moral cristiana levantó la voz y dijo: «Eso es malo, eso es abominable. Ninguna persona honrada puede contribuir al éxito de esas obras disolventes.» Pero la crítica *despreocupada* sonrió, y los dramas subieron á la cúspide de la fama, ya que no alcanzaron gloria perdurable.

Pues ahí teneis á la ciencia médica hablando por boca de un doctor poco timorato, que viene ahora, aleccionada por triste experiencia, á repetir la confirmación de la moral: «Eso es malo, eso es abominable, porque es, según mis cálculos, una escuela de suicidas.»

¡Gloria á Dios que no deja de llamar á los hijos rebeldes á la casa paterna, valiéndose de la misma voz que los arrastró á su ruina! La verdadera ciencia no puede hacer otra cosa que confirmar los fallos de la religion.

Si en el vacío entendimiento de Draper han surgido no sabemos qué conflictos entre su razón y su fé, es por aquel refrán que dice: «Donde no hay harina todo es mohina.»

La ignorancia y la incredulidad habrán siempre de andar unidas.

La materia de los últimos párrafos nos pone en camino de anunciar la magnífica *Encíclica* que acaba de dirigir la Santidad de Leon XIII á los Obispos de la cristiandad.

Es un documento notabilísimo, digno en todos conceptos de la sabiduría del Romano Pontífice, gran filósofo y gran humanista, y perfecto conocedor de las actuales necesidades del mundo.

El Papa encarece con frases elocuentísimas la importancia de la enseñanza católica en las escuelas, y después de señalar los males á que conducen las doctrinas racionalistas, recomienda la filosofía de Santo Tomás como medio seguro de encauzar los entendimientos por el camino de la verdad.

La *Encíclica*, tanto por la elocuencia con que está redactada, como por la oportunidad con que se publica, causará profunda impresión en los ánimos, llamando la atención de los buenos hácia el punto más grave de la *cuestión social*, y deteniendo á muchos impíos en la carrera de sus atentados contra Jesucristo y su Iglesia.

La voz de Roma, aunque salga de una cárcel, es voz que resuena en las extremidades de la tierra.

A pesar de la estación y de la soledad de Madrid, la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora se ha

celebrado con gran solemnidad en casi todos los templos de la corte.

Según noticias, han sobresalido por la pompa del culto las funciones de la Almudena, de Atocha, la Paloma y San Cayetano. En la Almudena predicó nuestro sabio amigo D. Manuel García Menéndez, cuya elocuencia halló campo vastísimo en que esplayarse, celebrando el augusto misterio.

La fiesta de la Paloma es tradicional, y la prece de la verbena, muy animada en los barrios de la puerta de Toledo. La devoción á la Virgen Santísima vive en el corazon de los españoles como un rayo de esperanza en el ánimo del pobre náufrago.

El misterio de la Asunción es el más hermoso que celebramos, y de los que tienen un culto más antiguo, porque ya en el siglo II se complacía el arte en representarlo, como se ve en el sarcófago de Santa Engracia de Zaragoza, ilustrado á maravilla por el Sr. Fernandez-Guerra.

Casi todas las catedrales de España, sobre todo las antiguas, están dedicadas á la Asunción, y este misterio, con el de la Concepción Inmaculada, comparte las coronas más gloriosas del arte.

En esta semana ha tomado cuerpo, como vulgarmente se dice, el rumor de un suceso que se verificará en Diciembre, relacionado con los altos poderes del Estado.

Se habla de una ilustre dama austriaca que está pasando el verano, no lejos de la frontera española, y de viajes de embajadores á Pau y á Viena.

El suceso va tomando carácter público y semi-oficial, y la prensa habla de sus circunstancias como de cosa corriente.

Por nuestra parte nada tenemos que añadir.

Como las estaciones de Madrid (y no hablamos de las del ferro-carril, sino de las del año) se empujan unas á otras con apresuramiento de galgos, cuando todavía nos ahogan los calores del estío, ya nos sonríen los espectáculos del invierno.

Los periódicos hablan con insistencia de las compañías líricas y dramáticas que se están formando para la próxima temporada, y auguran éxitos extraordinarios á todas las empresas.

Lo que hasta ahora parece más importante, es que en el Español trabajarán juntos Vico y Calvo, y se pondrán en escena obras notabilísimas de nuestro teatro clásico. También se anuncia un drama nuevo de nuestro querido amigo el Sr. Sanchez de Castro.

Ojalá que aleccionado con los frutos de la experiencia, el empresario del Español no deje pasar á las tablas obras corruptoras de la moral y del gusto, para que renazcan, al calor de legítimos aplausos, los laureles de Calderon y de Lope de Vega.

V. P. NULEMA.

LA ALPUJARRA.

CARTA SEGUNDA.

Los griegos, querido amigo, fundaron dos ciudades rivales de las colonias fenicias. Menace y Ulisea son citadas por Estrabon y Avieno como establecimientos de los focenses. La primera, sita al Oriente de Málaga, en los límites de la Alpujarra, en el centro de esta la segunda, eran foco de industrial actividad, emporios de civilización. En Ulisea había un templo dedicado á Minerva, y de él, como de todo el país comarcano, escribió una corografía Asclepiades Myrlaneo, un griego que enseñó humanidades en la Turditanía. Sabido es que la Turditanía tenía en la época de Asclepiades (ó sea en la rota de Pompeyo en Farsalia) leyes escritas en verso *seis mil años antes*. Redúzcase cada uno de esos años á tres meses, ó la palabra griega equivalente á *años*, traduzcase por *versos*, como es fácil hacer mudando una letra; lo cierto es que la cultura de los turdetanos viene de muy atrás, sin duda de los fenicios. Y progresa hasta producir escritores como Asclepiades, y elaborar manufacturas y hacer uso de la moneda, y adorar á Vénus y á Diana.

Recuerdo estos versos de una leyenda inédita que determinan el lugar de Sexi, el de los celebrados escabeches:

«En la colina asentada
De Almuñécar la ciudad,
Nave parece encallada
En furiosa tempestad.

Sierras encumbradas junta
Su espada para guardar,
De San Cristóbal la punta
Llevando al seno del mar.

Un tiempo sus olas fieras
Del cabo el istmo saltaban,
O bajas y placenteras,
Al circundarlo, lo aislaban.

El Monte fué de la Luna,
Que ya el templo no engalana
Do el culto extraño se aduna
De Vénus y de Diana.

Aquí Sexi: nombre dió
Y celebridad al garo
Que Roma saboreó...
¿Do manjar yace tan caro?

Los pasos tal vez recuerde
De griega, *focense planta*,
Aun más la arena del Verde
Que el Jate desde Fuen-Santa!

En efecto, la antigua Sexi no estuvo en Motril, sino cerca de Almuñécar. El templo de la Luna, donde se confundieron los cultos de Diana y Vénus en uno sólo, se encontraba en la punta de San Cristóbal. El garo, salsamento muy apreciado en Roma, partía de Sexi, límite del territorio alpujarreño. Así lo ha demostrado un sapientísimo académico de la Lengua y de la Historia.

Cartago arrojó de nuestro suelo, por la astucia más que por la fuerza, á los hijos de Fenicia. Esta, al verse amenazada por Roma, encizañó fenicios y turdetanos, que lucharon obstinadamente; torciendo la guerra el rumbo de los bajeles abderitanos, que ya no abastecieron los mercados extraños con los productos alpujarreños.

En lid Roma y Cartago, la juventud de nuestro país combate al lado del cartaginés en la primera guerra púnica. Más adelante, en Cannas, atacaron acompañados de los galos: los romanos se asombraron de su espada corta y muy afilada, que hacía siempre heridas mortales... ¿Envenenaban tal vez sus armas?

Dejemos pasar á Escipion. No hablemos de los celtiberos que por entonces llegan, en su marcha devastadora, á nuestras montañas.

Hablemos de Colca, querido amigo. ¿No lo conoces? Era señor de veintiocho poblaciones granadinas. Este régulo incorporó 3,000 infantes y 300 caballos al ejército de Escipion. Y pelearon los nuestros con bizarría al lado de Roma. Pero era muy dura, insoportable la tiranía de los jefes de las provincias encargados de la autoridad civil y militar. La Alpujarra, patria de corazones indomables, se sublevó contra la insufrible tiranía. Y Marco Elvijo tuvo el encargo de apagar el fuego.

No hay espacio para entrar en detalles. ¿Cuál fué el éxito de la guerra? Debió ser fatal para los conquistadores. Los historiadores latinos confiesan con laconismo lleno de vergüenza, la derrota de sus legiones y la desgracia del caudillo C. Sempronio Tuditano, que falleció de sus heridas. Tito Livio habla de *victum exercitumque ejus fugatum*... ¿Quieres una manifestación más clara de la humillación de las águilas romanas ante el valor heroico de las Alpujarras?

Lleguemos á Sertorio. Aquí se presenta una cuestión: la *Osca* en que fundó el insigne caudillo su universidad literaria, ¿es la *Huésca* de Aragón, ó la *Huésca* de Andalucía? Resuelvan otros el pleito.

No hay tiempo para ocuparse de las divisiones territoriales ni de los conventos jurídicos. Tampoco lo hay para averiguar si en Adra y otros lugares se levantaron templos á Marte y á Neptuno, ni ménos para rastrear el culto de Endovélico, dios ignorado de los romanos, pero venerado, según parece, por nuestros celtas.

Dando por ocupado al fin nuestro territorio por los legionarios de Roma, oportuno era decir algo del estado de la agricultura y de las vías de comunicación. Solamente por ahora dos palabras. Plinio,

Varron y Columela, hablan del florecimiento agrícola de nuestro país. La vid, el olivo, el naranjo, se cultivaban con esmero; sus frutos, embarcados en Adra y Almuñécar, desembarcaban en Ostia. Los poetas del Lacio citan los escabeches sexitanos.

Domiciano promulgó una ley concediendo privilegios favorables á la agricultura itálica y perjudiciales á la ibérica. Las medidas del emperador no robaron, sin embargo, todo su esplendor á nuestros béticos pensiles. Probo derogó los decretos de Domiciano, y según Vopisco, se permitió á los españoles que «tuvieran viñas y extrajeran vinos.»

Desde Cazlona salían dos carreteras para Córdoba. Una se dirigía por Toya, Hinojares, Zújar, Guadix; rodeaba la Sierra-Nevada por Abila, bajaba luego á Bérja, y seguía por Torviscon, Motril, Almuñécar, etc. El sólido puente de Genil, de origen romano, indica en Granada la dirección del camino de la Alpujarra, y el de Tablate (hoy de construcción moderna), tendido sobre un abismo espantoso, daba entrada, según un historiador, á la misma Alpujarra.

Nos quedamos al umbral del período bárbaro. El imperio de los Césares, del cual es nuestra Alpujarra una fracción interesante, se desmorona al paso de las hordas venidas del Septentrion. Aquellas feroces muchedumbres, cuyo seno se abría al calor suave del Evangelio, ruedan como gigantes aludes desde la Tartaria á la Hispania, desde el Borysthenes al Sínghis.

En otra carta seguiremos la huella de los piratas francos que vinieron de Sicilia á visitar, en su carretera de bárbaros triunfos, las costas de la Alpujarra.

Siempre tuyo afectísimo,

MIGUEL GUTIERREZ.

COLEGIO DE AGUSTINOS CALZADOS

DE LAS

MISIONES DE FILIPINAS,

DE SANTA MARIA DE LA VID,

ANTES CONVENTO DE CANÓNICOS PREMONSTRATENSES.

II.

Hállase situado el Colegio de Agustinos de Santa María de La Vid (provincia de Burgos y obispado de Osma) en la margen izquierda del río Duero, 15 kilómetros al Oriente de Aranda, contiguo á la carretera de Valladolid á Soria, en la desembocadura de un apacible valle de media legua de largo y otro tanto de ancho, que bajando del monte de La Vid, se pierde en el Duero. Rodéanle por el Norte al lado opuesto del río, secas y agrestes montañas que solo producen tomillo, salvia y espliego; y por los otros vientos, el monte de La Vid, propiedad antiguamente de los Religiosos, como todos sus confines; mas hoy vendido á dueños extraños, y tan deteriorado, que casi podría llamarse desierto. Prueba palpable de que las llamadas *manos muertas* daban vida y la conservaban, lo que no pueden ó no quieren hacer las *manos vivas*.

Consta el convento de dos grandes patios unidos formando un cuadrángulo prolongado imperfecto, con otros dos lienzos que vuelan uno al Oriente y otro al Norte sobre el río Duero, y arrancando de Nordeste de los dos patios, presentan un ángulo recto.

Lo majestuoso y severo del edificio, templado algún tanto por una contigua, aunque no muy poblada alameda, y su capilla mayor que, en forma de octógono, destaca sobre todo el contorno, ofrece á primera vista el aspecto de un palacio antiguo y de un castillo feudal de los pasados siglos.

Tiene alrededor una cerca de piedra que dá paso al convento por un antiquísimo, grande y pesado arco de orden bizantino (1), compuesto de innumerables círculos concéntricos, y que con los escombros que al edificar se le han ido agregando, va sumergiéndose paulatinamente en la tierra.

La parte meridional del edificio la forman la iglesia y fachada principal del convento, ocupando aquella todo un lienzo del patio principal y ésta otro del segundo, y corren todo el cuadrángulo de Oriente á Poniente, aunque no en línea recta por

sobresalir la iglesia dos terceras partes en toda su longitud.

Preséntase en primer lugar á la vista el patio segundo, que con sus correspondientes edificios ofrece un grandioso conjunto, mirado del exterior, por sus tres pisos que lo elevan á una altura muy majestuosa, y por la bella distribución de ventanas grandes y pequeñas, intercaladas proporcionalmente entre sí, y en la parte occidental con espaciosos balcones.

Circúyenlo anchos, rectos y ventilados claustros por el interior, y las celdas ó habitaciones por fuera; mas en la parte del Norte, prolongándose los claustros hasta el extremo, y recorriendo el exterior, dejan las celdas mirando al patio, recibiendo así la luz y sol de Mediodía, que las hace templadas y muy sanas, así en invierno como en verano.

La portada principal de orden greco-romano, trabajada en fina y suave piedra con regular delicadeza, presenta un arco completamente rebajado, y encima un trono con una estatua de San Norberto pisando al demonio que ciñe con fuertes cadenas, emblema de haber confutado el Santo Fundador los errores de Berengario, á quien obligó con su elocuencia y saber, á retractarse públicamente; todo con adornos sencillos, pero bien acabados. Es de época moderna, y contrasta con la pared, que es antigua y de sillería algo tosca, como toda la parte meridional del indicado lienzo, en la que fué colocada y como embutida en el siglo pasado.

Sobre ella en el tercer piso hay una solana ó galería de siete arcos de sillería, de orden toscano, que aunque desiguales algunos de ellos, disimulan la imperfección por lo bien concluidos que están. Servía ésta de mirador y de sala de recreo á los antiguos moradores. Hoy, blanqueada y honestamente adornada con algunos cuadros pintados por Religiosos del mismo Colegio, y con mapas de historia, botánica, zoología y otras ciencias, y colocadas en los arcos puertas de hermosos cristales, es salón académico donde se celebran los actos literarios.

Corona este lienzo un cuerpo de arquitectura de forma triangular, en cuyo medio se hallan las armas de este antiguo convento, consistentes en una efigie de la Santísima Virgen con el Niño en los brazos, rodeada de dos frondosas vides llenas de abultados racimos, y agradablemente enlazados sobre la cabeza de la imagen, de escultura de piedra, todo de una pieza.

Entrando, pues, en la primera puerta ó dintel de la portería, se encuentra un precioso zaguán á cuyo lado izquierdo hay una hospedería bastante cómoda con dos salas y tres alcobas para dar albergue á los huéspedes y á las familias de los Religiosos cuando vienen á verlos; y á la mano derecha la habitación del portero, bastante capaz y cuidada con mucho aseo. Pasada la segunda puerta, encuéntrase el expectador en un espaciosísimo tránsito, que corriendo hacia la derecha, nos introduce en el claustro de las procesiones y en el patio principal del Colegio, que circuyen por el Sur la magnífica Iglesia, por el Oriente la Sacristía y Panteón, por el Norte el Refectorio y Biblioteca, y por el Occidente la escalera principal y parte de las habitaciones del segundo patio con dos claustros y galerías paralelas.

«Es el patio primero un gran cuadro rodeado de galería alta y baja, cerrada la primera por siete arcos pequeños en cada lienzo, formando balcones sostenidos por bellas columnatas de orden jónico; así como los arcos, son de color de paja, resaltando airoso en el contraste que forman con el blanco de la sillería de los lienzos ó entrepaños, tersa y fina y bien pulimentada. La arquería está decorada con sencillos, pero muy delicados relieves de la misma clase, de piedra de color tan bien trabajados, que parece estar esculpidos ó formados de cera.

«La galería baja, en los siete tramos en que está compartido cada lienzo, en vez de columnas ó pilas-tras, en el interior tiene machones ó estribos sencillos adornados en su remate, formando así una especie de zócalo á la galería superior, á la vez que robustecen y consolidan toda la obra. Los entrepaños los cierran ventanas-rejas de medio punto con calados de la piedra amarilla ya dicha, produciendo el conjunto un efecto tan extraño como agradable (1).»

(1) Este parralito está tomado de D. José María Aguilar, abogado de Méjico, en su M. S. *Correría por las orillas del Duero en 1867*.

El patio, á cuyo rededor corre una acera de losas, está convertido en hermoso jardín, cubierto de variedad de flores y arbustos, aprovechando en su riego el agua de un pozo que hay en el centro. La galería superior es de cielo raso y sólo tiene un arco en el remate de cada lienzo, tan rebajados, que casi son paralelos al quizame. La inferior es de buena bóveda de estilo gótico con variados adornos en los botareles, y graciosos enlaces en el término de los arístones que sostienen en forma de rosas y flores las armas de los Patronos.

De esta galería parte la magnífica escalera de piedra para los pisos superiores, en los que, como hemos dicho, están convenientemente distribuidas las celdas ó habitaciones que comunican con anchos y abrigados tránsitos, algo bajos sí, por razón de ser el clima frío, pero muy claros y bien ventilados. Consta la escalera de cincuenta y seis peldaños ó pasos, divididos en siete proporcionados tramos y cuatro grandes arcos, girando unos sobre otros, sin más apoyo que las paredes del edificio, llamando la atención el segundo, tan rebajado, que puede decirse plano, sobre el que pasa uno de los principales claustros, y descansa el arco tercero, como sobre éste el cuarto. Es obra atrevidísima y que admira á todos los que la ven. Cubre la escalera una hermosa cúpula de buena y ancha bóveda, y en ella, á modo de linterna, se halla un elegante templete con la sonora campana de un gran reloj.

El Refectorio es una gran pieza situada en el piso bajo de más de 80 pies de largo por 30 de ancho, de proporcionada elevación, á cuya entrada se halla una sala llamada *De profundis*, porque en ella se rezaba este salmo por las ánimas antes de la cena, y tiene la misma forma, aunque menos capaz, que el Refectorio. Está cubierto éste de hermosa bóveda de cuatro cuerpos, entre los que se observan algunos adornos y un roseton en la parte superior de cada uno de ellos, ó sea en la llave de dichos cuerpos. El respaldo de los asientos de pino y nogal, llama la atención por lo bien conservado que se halla, así como el púlpito en forma de tribuna, compuesto de sólo cuatro hermosas y bien labradas piedras. Las mesas de pino sencillas, y el pavimento de piedra labrada, han sido restaurados por los actuales dueños. Adorna el testero un cuadro de la institución de la Sagrada Eucaristía, de gran tamaño y de algún mérito.

En el piso alto sobre el Refectorio y sala *De profundis*, se halla la Biblioteca, sumamente espaciosa y clara, con elegante y tan alta bóveda, que llega al tejado, y sobre ella descansa ésta. Tiene rica estantería de pino con jambas de nogal, y dos órdenes de cajones, altos y bajos, y su galería corrida todo alrededor, que descansando sobre los estantes bajos, más sobresalientes que los de arriba, facilita el modo de colocar y extraer los libros de la estantería superior sin necesidad de escalera. Súbese á ella por dos de caracol y otras dos rectas.

Corresponde perfectamente la estantería á la arquitectura de la Biblioteca, formando un sólo cuerpo con ella, sirviendo la parte inferior de zócalos, y la superior de edificio hasta el cornisamento, que aunque de yeso, vuela sobre los estantes agraciándolo todo. Y al efecto los estantes que corresponden ó sirven de pilas-tras, son más estrechos y sobresalen, resaltando lo suficiente para distinguirlas de los entrepaños ó lienzos. En el testero se ha colocado un cuadro de San Agustín, y en lo más alto de la bóveda se ven los emblemas de la sabiduría y otros piadosos y expresivos símbolos.

Pasemos ya á la Iglesia, parte más grandiosa del edificio, cuya descripción quiero tomar en su mayor parte del indicado señor Aguilar con algunas variantes y correcciones.

El templo consta de tres naves de estilo gótico, mixto ó templado de toscano, espaciosas y elevadas con crucero, á cuya cabeza está el Presbiterio y Capilla mayor cubierta con una concha de cantería de trabajo exquisito. Entre ella y la nave principal, se eleva la linterna sobre ocho arcos, cuatro mayores y cuatro menores, circulares todos; aquellos corresponden, dos á los brazos del crucero, cubiertas sus anchas bóvedas de precioso y elegante almohadillado; uno á la capilla mayor, cuya concha descansa en él, y otro á la nave central, remate del cubo de la Iglesia, que tiene su base en la fachada con el coro sobre la puerta, sostenido en anchas bóvedas y arcos circulares, pero muy rebajados y hermosos. Los cuatro arcos menores cierran los ángulos del cuadra-

(1) Data su antigüedad, según los inteligentes, del siglo XIV.

do de la planta con otras tantas conchas menores, haciendo juego con la de la capilla mayor y sirviendo de pechinas. Debajo de cada una de esas conchas menores, hay tres estatuas de santos en piedra. De ese modo se constituye un octógono á la altura de la nave principal, de cien piés de luz, y sobre él se levantan en las conjunciones de cada lienzo los delgados arcos góticos, verdaderas cañas de palma que ondean flexibles, tocándose sus extremidades, que sostienen un sol, desplegándose encima de la preciosa bóveda, cual sutil y desplegado pabellon, pero de gran vuelo y cielo casi plano. La linterna de la catedral de Burgos, por su extension y altura, es la única que recuerdo más hermosa que ésta. En cada uno de los ocho lienzos que forman el cuello, hay una ancha y bien rasgada ventana, cerrada de cristales, quedando así inundado de luz todo el templo, y en cada una se ostentan las armas del Cardenal fundador y su hermano, formadas en mosaico de diferentes colores y oportunamente combinados.

El cuerpo de la iglesia es algo bajo relativamente al crucero, y la espadaña de mucho trabajo, adolece de estilo churrigueresco; pero es notable la portada, que presenta un altar completo, de orden mixto y primorosos adornos. Ocupa el coro dos cuerpos de la nave, y tiene magnífica sillería de nogal con columnas salomónicas y cornisamento de orden corintio, aunque no puro. Su construcción es muy delicada y elegante; se renovó todo en 1866 por hallarse deteriorada.

Es el retablo de la Capilla mayor de madera pintada de blanco y oro. Descansa sobre un zócalo á la altura del altar, y consta de dos cuerpos: el primero contiene dos grandes entrepáños á los lados y una hornacina en el centro, divididos por columnas corintias con sus respectivos friso y cornisa. La hornacina la ocupa una imagen de la Santísima Virgen, toda de piedra, de tamaño mayor que el natural, que es la llamada de la Vid, sentada en su trono con el Niño en las rodillas, esculpidas las dos imágenes de muy buena talla. El tipo de la Virgen se aproxima al griego; mas el color trigueño y algo parecido al de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico. Los dos entrepáños los ocupan dos lienzos, pinturas excelentes de tamaño natural, uno de la Anunciación á la derecha, y otro del Niño hallado en el Templo disputando con los Doctores á la izquierda. Es el autor de éste, Jerónimo, napolitano, y del otro, Fabricio de Santa Fé, como consta de los nombres que en latín conservan los mismos cuadros, y los dos fueron pintados en Nápoles. El segundo cuerpo consta de tres paños divididos por pilastras, ocupados con

lienzos del tamaño mismo que los anteriores, representando el del medio el Nacimiento, el de la derecha la Visitación de la Virgen, y el otro la Presentación en el Templo, al pié del cual se lee: *Joannes Baptista, Romanus Lovaina, Neapoli faciebat an. 1591*; y en el del Nacimiento: *Wersel Chovergher*, con lo que tenemos noticia de sus autores, ignorándose solamente el de la Visitación. Este retablo, perfectamente cuadrado y sin remate alguno, llega hasta el cornisamento, en donde se sienta la grande y hermosísima concha sostenida por fúenos desnudos (cosa bien impropia de aquel lugar), dando eso un aire de unidad de muy buen efecto.

Hay otros cinco altares pequeños con una sola efigie cada uno, distribuidos convenientemente, en los que llaman la atención las estatuas de San Agustín y San Nicolás de Tolentino, estatura natural, ta-

cuerpos de medio punto, pavimento de mármol ó piedra blanca y pizarra, y las cajonerías de nogal, aunque en el interior tienen pino, que ocupan y llenan dos lienzos hasta vara y media de altura, á cuyos extremos hay cuatro alacenas de nogal tallado de no escaso mérito. Adórnanla cuadros en lienzo del Apostolado, de poco valor. Da paso á un oratorio, en que se halla el lavabo, formado de preciosos jaspes y buena piedra, en forma de retablo, con columnas de mármol blanco, que en una hornacina contiene tres efigies en grupo del Salvador, San Pedro y San Juan, todas de una pieza, bastante bien acabadas.

Entre esta y la iglesia se halla el Panteón ó enterramiento (y sala Capitular que fué de los antiguos), de la misma bóveda que la Sacristía, y que, por ser más estrecho, forma una nave que va á parar á una capillita hermosísima en forma de rotunda,

con altar tallado y dorado, construido poco há, en que se venera Nuestra Señora de la Consolación y Correa, y el todo tiene figura de una iglesia pequeña, cuyo presbiterio y capilla mayor forma la mencionada capilla. La efigie de la Virgen, muy agraciada, es objeto de grande devoción en toda la comarca.

En el sitio principal del Panteón, como dijimos, descansan las cenizas del primer Fundador, y á la entrada de la iglesia, en la puerta que con el Panteón comunica, el M. R. P. Fr. Celestino Mayordomo, Comisario de los Agustinos que adquirió este Monasterio y falleció en él en 1871.

Del Panteón sube una preciosísima escalera de caracol ó espiral de 121 peldaños de piedra, trabajada con sin igual delicadeza, y llega hasta la bóveda del crucero, dando comunicación á todos los pisos del convento.

Omitimos, por no ser interminables, el Museo de Historia natural, que con ricos productos de España y de Filipinas, se va formando en un espacioso claustro del piso bajo del segundo patio; la limpia, clara y bonita cocina con todas las comodidades que la industria ha inventado, y demás oficinas y sitios de expansión para los jóvenes, que necesitarían un libro para describirlos, aunque sólo fuera ligeramente.

FR. TIRSO LOPEZ, S. O. Aug.

La Vid 30 de Julio de 1879.

SENTIMIENTOS.

Unos bautizando niños;
Otros enterrando muertos;
Así se pasa la vida,



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA VID.

lladas en madera, de muy buena escultura, adquiridas hace pocos años, y que habían pertenecido antes de la exaustración al convento de Agustinos de Burgos.

El órgano antiguo, arrebatado á la iglesia, ha sido reemplazado en 1867 por otro nuevo de fuertes y claras voces, cuya caja imita en todo la arquitectura del patio principal y sus galerías.

Restanos decir algo de la Sacristía, magnífico salón ancho y cuadrado, con mucha luz, bóveda de dos

Así se nos pasa el tiempo:
¡Así se nos pasa el tiempo!
Repara cuán corto es...
Hoy ayer, era mañana,
Hoy mañana, será ayer.

Pláceme andar silencioso
Cuando mi tristeza es mucha,
Por las solitarias sendas,
Al resplandor de la luna;
Y al resplandor de la luna
Sólo con mis sentimientos,
Recorrer entre ruinas
El campo de los recuerdos.

Compañero de mi vida,
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que en lo más hondo del pecho
Tengo yo un pozo de llanto:
Tengo yo un pozo de llanto
Y en él voy echando penas;
Como sus aguas amargas,
Y como su fondo negras.

Mucha gente hay en el puerto
Viendo las naves marchar;
Y exclaman los que se quedan
¡Felices los que se van!
¡Felices los que se van!
Repiten con mucha pena;
Y exclaman los que se marchan
¡Felices los que se quedan!

Tengo un rosal de ilusiones
Que crece en medio de un páramo,
Cuando le toca la gente
Se seca con el contacto:
Se seca con el contacto;
Y entonces mi pena es tanta,
Que por ver si reverdece
Riego el rosal con mis lágrimas.

Te adornas demasiado,
Y eres demasiado bella;
No ves que el mejor adorno
Es ser buena, y más que buena?
Es ser buena, y más que buena,
Que lo que al Señor agrada
No es la belleza del cuerpo,
Es la belleza del alma.

Miro venir á los niños
De hermosa y risueña faz,
Y exclamo al acariciarlos
¡Cuánto tendreis que pasar!
Irse miro á los ancianos
Agoviados por la edad,
Y al despedirlos les digo:
¡Cuánto habreis pasado ya!

Este mundo para algunos
Es una alegre comedia;
Pero es un drama muy triste
Para aquel que siente y piensa:
Para aquel que siente y piensa
El mundo es un escenario,
Enrojecido con sangre,
Y humedecido con llanto.

¡Ya se van las golondrinas,
Las golondrinas se van;
Y, abandonando su nido,
Abandonan nuestro hogar!...
Las golondrinas se fueron:
¿Quién sabe si volverán?
¿Quién sabe si cuando vuelvan
Nos habremos ido ya?

Cuando echa cuentas el hombre
Echa cuentas sin la huésped;
Y siempre tiene en su casa
La muerte tras de la puerta:
La muerte tras de la puerta...
La muerte que hacía él avanza...
La muerte que ya le oprime...
La muerte que ya le mata!

JULIO ALARCON Y MELENDEZ.

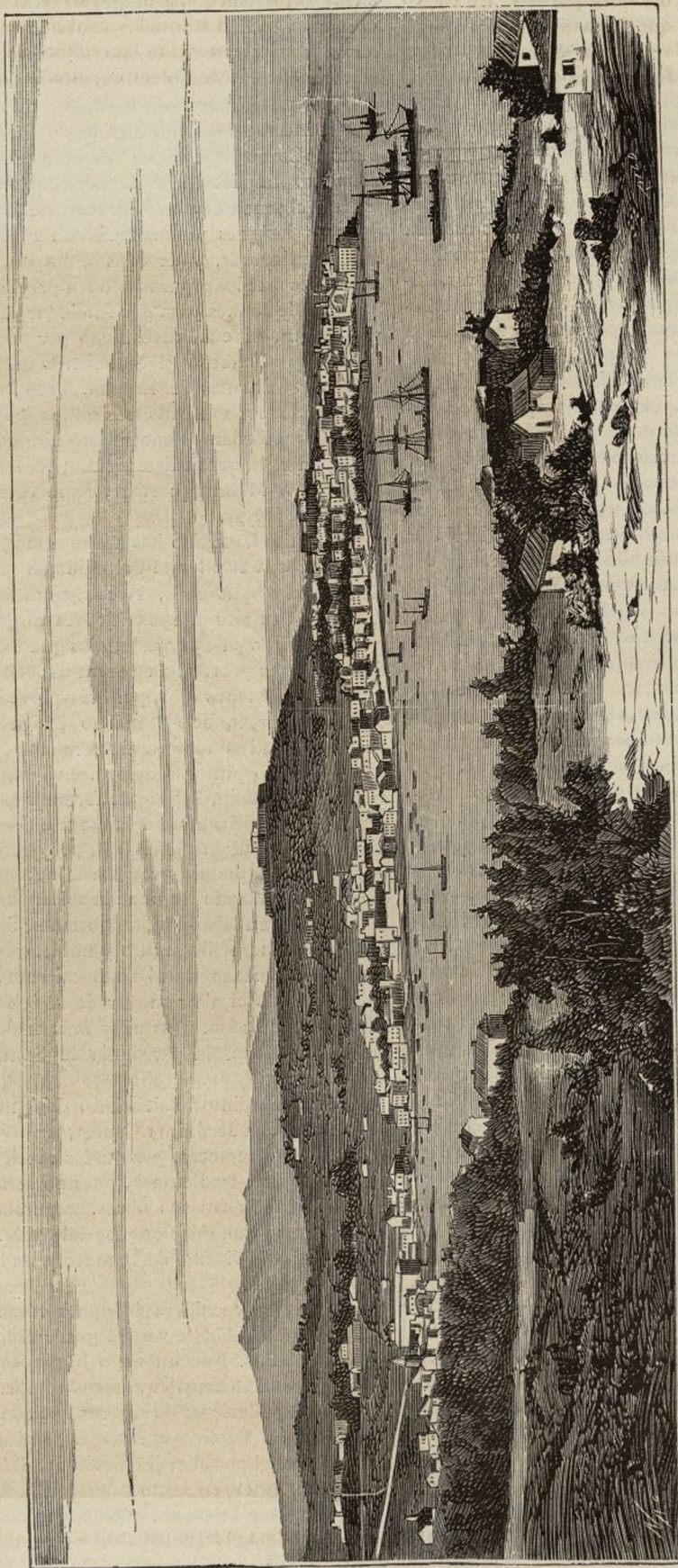
JUAN DE JUANES.

En la série gloriosísima de nuestros grandes artistas cristianos, ocupa lugar muy distinguido el insigne pintor valenciano, cuyo retrato, poco conocido, ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Escasas son las noticias biográficas que poseemos

Después de aprender el dibujo pasó á Italia, según se deduce del estilo de sus obras, y restituido á Valencia, comenzó á pintar para las iglesias y monasterios, sin que jamás ocupase su pincel en ningún asunto profano.

Por su mucha piedad y sus eminentes virtudes no tardó en captarse las simpatías de los buenos, y su mayor elogio en este punto consiste en poderse



VISTA DEL PUERTO DE VIGO, VISITADO POR LA ESCUADRA INGLESA EL 1.º DE LOS CORRIENTES.

acerca de este esclarecido ingenio, cuya vida, consagrada por completo á la pintura religiosa, se deslizó tranquila por entre los altares de los templos y los claústros de los monasterios, embelleciéndolos con sus obras. Sabemos que nació por el año de 1523, probablemente en Fuente la Higuera, y que su primer nombre fué Vicente Juan Macip, que él cambió por el que ha vulgarizado la fama.

afirmar que fué íntimo amigo de Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia. Por encargo de tan insigne Prelado, hizo los dibujos de la tapicería flamenca que el arzobispo regaló á su Catedral, sacados todos de la vida de Nuestra Señora, á la que nuestro pintor profesaba devoción ardentísima. También pintó el retrato de su gran protector, con que hoy se gloria la Catedral de Valencia.

Como prueba de su amor á la Virgen Santísima, hay que citar su *Inmaculada*, la cual, según tradición, fué inspirada por una revelación del P. Martín Alberto, confesor de Juan de Juanes. Nuestro pintor no ponía el pincel en sus cuadros sin pasar antes un rato en oración, porque era para él la pintura una práctica devota, como encaminada exclusivamente á la mayor gloria de Dios.

De este modo se explica que haya sabido infundir á sus imágenes ese soplo divino por el cual hieren el alma con los rayos de la santidad, siendo edificación de todos los que las contemplan. Juan de Juanes no entendía que el arte pueda ser para el arte; no ponía su entendimiento y alma generosa al servicio de la vanidad humana; antes al contrario, creía, con la viveza de su fé cristiana, que el arte es para Dios, como todo lo criado, y que el entendimiento y el corazón aspiran, como la luz y el fuego, á dilatarse por los espacios infinitos del cielo.

Este ha sido el Credo estético de nuestros grandes pintores; el que inspiró á Luis de Vargas su maravilloso cuadro de la *Gamba*, á Murillo sus *Concepciones* y á Zurbarán sus incomparables ascetas. Mediante esta doctrina, lograron sobreponerse á las influencias malsanas del Renacimiento italiano, admitiendo la perfección plástica de los modelos clásicos para trasfigurarla con el espíritu fecundo de la inspiración católica.

Juan de Juanes fué uno de los maestros de esta saludable reforma. Sus obras brillan por la corrección del dibujo, por la inteligencia en las actitudes y en los escorzos, por la viveza del colorido y por la majestad verdaderamente clásica de su estilo; pero sobre estas cualidades técnicas brilla una luz superior que lo trasfigura todo, la luz que el pintor columbraba en los éxtasis de su oración, luz del cielo que diviniza, por decirlo así, sus sagradas imágenes.

El mérito insigne de nuestros grandes pintores cristianos, consiste en que supieron combinar artísticamente la belleza plástica con la belleza ideal de sus obras, dando con rigurosa justicia á cada cual lo suyo, para que así resultase llena de vida, de animación y de sentimiento, la unidad suprema del arte. En esto llevan ventaja á los pintores italianos anteriores al Renacimiento, incluso al Beato Angélico, al cual falta muchas veces, ó casi siempre, la perfección corpórea, por más que brille en todas sus obras el sentimiento de la belleza angélica que le ha dado nombre. En Juan de Juanes no hallareis esa dilatación de los cuellos, esa entonación pálida, esa irregularidad en la disposición de las figuras de que ofrece tantos ejemplos el Ángel de Fiesole; sus figuras son naturales, natural la entonación de sus cuadros, natural la agrupación de sus personajes, todo suele ser natural; pero aquella naturaleza la vereis trasfigurada por la expresión que ha sabido darle el pincel del artista. Recorred, por ejemplo, la serie famosísima de cuadros que posee el Museo de Madrid relativos á la *Predicación y Martirio de San Esteban*; allí vereis al santo diácono encendido en fuego de caridad predicar el Evangelio en la Sinagoga; vereis á los judíos estremecerse de horror, de vergüenza y de ira al eco de aquella palabra santa; vereis el furor de los verdugos, la alegría del mártir, los crímenes y pasiones de la tierra y las virtudes y glorias del cielo. Todos los cuadros interesan, en todos se siente palpar la vida; desde la dulce y apacible cara de San Esteban hasta los semblantes iracundos de los judíos, la expresión de la fisonomía humana recorre todos los tonos. ¿Quién no se espanta ante las caras lívidas, contraídas, coléricas de los judíos que gritan al santo: *¡Blasfemo, blasfemo!* y por el contrario, ¿quién no llora sobre el cadáver del santo mártir, acompañando en su pena á los cristianos que le depositan en el sepulcro, y entre los cuales tuvo el buen gusto de retratarse el devoto pintor?

Pero donde Juan de Juanes llegó á la cumbre de la inspiración celestial, fué en el retrato del Salvador. La cabeza de Jesucristo aparece en los cuadros del pintor valenciano dotada de una majestad verdaderamente divina. ¡Qué dulzura en los ojos! ¡Qué delicadeza en los labios! ¡Qué expresión de caridad en todo el semblante! Es imposible parar un rato los ojos sobre la imagen, sin que se arrasen de lágrimas; Jesucristo las está pidiendo, pero lágrimas de arrepentimiento y de amor, dulces y suaves como el rocío de aurora apacible después de oscura y tempestuosa noche de verano.

El Salvador que poseemos en este Museo es bellísimo; y desde ahora ofrecemos á los amigos de LA ILUSTRACION CATOLICA reproducirlo con fidelidad cuando llegue el tiempo oportuno.

Además de estas obras existen aquí las siguientes: la *Ultima cena del Señor*, la *Visitación*, *Martirio de Santa Inés*, la *Coronación de la Virgen*, el *Salvador con la cruz á cuestas*, *Ecce Homo*, *Melchisedec*, rey de Salem; el *Sumo Sacerdote Aaron*, la *Oración del Huerto*, el *Descendimiento*, el *Salvador del mundo* y el retrato de D. Luis Castelví, señor de Carlete.

El Museo de Valencia guarda varias obras notabilísimas de Juan de Juanes, entre otras la *Asunción* y la *Inmaculada*; la Catedral se goza en poseer el *Bautismo de Cristo*, la *Conversion de San Pablo* y otras; en diversas parroquias de Valencia existen cuadros admirables, y fuera son bastantes las iglesias que aún conservan reliquias, digámoslo así, de este gran pintor. Como muchas de sus obras estaban en los conventos, al declararse la persecución contra los frailes, algunos cuadros de Juan de Juanes, como de otros insignes pintores, fueron á parar á manos de especuladores, y de ellas á las de extranjeros opulentos que los pagaron á buen precio.

Juan de Juanes pasa por fundador de la escuela valenciana, la cual tuvo luego por maestros á los Rivalta y al famoso Rivera, siendo una de las más nobles y brillantes de España. Pero las obras de Juan de Juanes son rarísimas en los museos extranjeros. No recordamos haber visto ninguna en los de Italia; en el Louvre existe alguna; pero no obstante, Valencia y Madrid guardan, como dejamos dicho, sus mejores joyas.

La crítica ha tenido hasta ahora muy olvidado al gran pintor; únicamente Palomino en su *Parnaso* y Cea en su *Diccionario*, lo comparan á Rafael, poniéndole á su altura. Los críticos extranjeros no han tenido ocasión para juzgarle, y los que lo han hecho, llevados de su prevención contra España, no le han mirado con buenos ojos, por más que se hayan visto obligados á reconocerle mérito insigne. Viardot, cuya impiedad es notoria, alaba mucho, sin embargo, á nuestro pintor religioso, en quien reconoce, «pureza de dibujo, belleza de forma y la energía de expresión que distingue á la escuela romana personificada en su divino jefe.» «Su perspectiva, añade, es exacta, aunque no presenta la necesaria distancia, y si su colorido no tiene la sultura veneciana ni la fogosidad andaluza, es, no obstante, brillante, luminoso y á maravilla seguro y noble.»

Juan de Juanes murió en Bocairiente, donde estaba pintando el altar mayor de la iglesia, á 21 de Diciembre de 1579. Dos años más tarde sus restos fueron llevados á la parroquia de Santa Cruz en Valencia.

El insigne pintor valenciano dejó tres hijos de su esposa Doña Jerónima Comes, uno varón y los dos restantes hembras, pero todos excelentes pintores, según fama tradicional, pues no se sabe á ciencia cierta cuáles son sus obras, asegurando algunos que andan confundidos con las del padre. Llamábase el hijo Juan Vicente de Juanes, y las hijas Dorothea y Margarita.

Aunque se considera á Juanes como cabeza de escuela, en realidad de verdad puede decirse que no tuvo discípulos. Fué un astro luminoso que pasó por nuestro cielo artístico, dejando impreso en él la huella resplandeciente de su paso, que son sus obras. Hermano del Beato Angélico por la piedad religiosa, y de Rafael por el estilo pictórico, demostró que era posible juntar en santo consorcio la forma clásica con el ideal cristiano. ¡Ojalá hubieran sido tan piadosos y bien intencionados los grandes pintores del Renacimiento italiano!

M. PEREZ VILLAMIL.

LOS GRABADOS.

Juan de Juanes, pág. 49.

(Véase el artículo biográfico, pág. 53.)

Claustro del Monasterio de N. S. de la Vid, pág. 52.

(Véase el artículo segundo sobre este monasterio, del erudito P. Lopez, pág. 51.)

Vista del puerto de Vigo, visitado por la escuadra inglesa el día 1.º de los corrientes, pág. 53.

La formidable escuadra inglesa, compuesta de los buques *Minotauro*, *Agincourt*, *Defense*, *Resistance*, *Lord Warden*, *Valiant*, *Penélope*, *Warrior*, *Hércules*, *Invencible* y *Héctor*; de paso para Inglaterra, ha fondeado en el puerto de Vigo.

El cual es uno de los mejores de España, y aún de Europa, por su extensa bahía y la seguridad de sus aguas. Está situado en la provincia de Pontevedra, á los 42º 14' 5" de latitud N., y á los 4º 54' 49" de long. O. del meridiano de Madrid, y pertenece al departamento marítimo del Ferrol.

Vigo es una ciudad de 6 á 7,000 almas, tendida en la pendiente de un cerro denominado *Castelo*, que es un estribo, por decirlo así, de otro mayor llamado el *Castro*, y á las márgenes de una ría hermosa y pintoresca. Desde 1810 existe el proyecto de una nueva población al N. E. de la actual, aprovechando el gran arsenal y una parte del mar cortado por un malecón. A pesar de las tentativas hechas, la obra es más difícil y más cara de lo que parece, y sigue en proyecto; pero el día en que se realice dará mucha prosperidad á Vigo, cuyo puerto la hace acreedora á reformas y mejoras de grande importancia.

Volviendo á la visita de la escuadra inglesa, diremos que, según datos fidedignos, el valor material de las once fragatas acorazadas que la componen, no baja de 6,000,000 de libras esterlinas, ó sean 600,000,000 de reales.

La escuadra va mandada por el almirante Lord John Hay, y la tripulación asciende á 6,000 hombres, la cual consume diariamente, además de la galleta, vino, café, tocino y otras vituallas, 8,000 libras de carne de vaca y 14,000 de legumbres. Los sueldos pasan de 7,000 duros.

Por estos datos puede calcularse lo que costará diariamente la marina de guerra de los diversos Estados de Europa. En verdad puede decirse que el mar se va tragando la tierra, y que al paso que vamos todos, estamos expuestos á naufragar.

Sepulcro de Fr. Luis de Granada, pág. 56.

Puede repetirse acerca de este venerable sepulcro lo que decíamos hace poco del insigne y maravilloso de Santo Domingo de Guzmán: aunque situado en tierra extranjera, es un monumento español.

Murió el sabio dominico, honra y prez de las letras patrias, en el convento de Santo Domingo de Lisboa en 1588, y fué sepultado en el antecoro del convento, donde permanecieron sus cenizas hasta 1634, en que, por disposición del P. Fr. Agustín de Sousa, provincial de la Orden, se construyó el monumento que representa nuestro grabado, en una pieza inmediata á la capilla mayor de la misma iglesia, y en él se depositaron, con gran veneración de los fieles.

En el mausoleo, que es de mármol blanco y jaspes de diversos colores, se reprodujo la inscripción que al morir redactó para el primer sepulcro D. Francisco Duarte, proveedor de las armas reales y grande amigo de nuestro escritor inolvidable. Dice así:

F. LUDOVICUS GRANATENSIS EX PREDICATOR. FAMILIA
CUJUS DOCTRINAE MAJORA ECTANT MIRACULA
GREGORI XIII PONT. MAX. ORACULO
QUAM SI CAECIS VISUM MORTUIS VITAM
A DEO IMPETRASSET.
PONTIFICIA DIGNITATE SAEPUS RECUSATA CLARIOR
MIRA IN DEUM PIETATE ET PAUPERES MISERICORDIA
INSIGNIUM O 3 LIBRORUM AC CONCIONUM
VARIETATE TOTO ORBE ILUSTRATO
AETATIS SUAE LXXXIII OLYSSIPONE MORITUR
MAGNO REPUBLICA CRISTIANAE DESIDERIO
PRID. KAL. AN. MDLXXXIX.

En castellano dice así:

«Fr. Luis de Granada, de la Orden de los Predicadores, por cuya doctrina se ven mayores milagros (así lo dijo el oráculo de Gregorio XIII, pontífice máximo) que si hubiera alcanzado de Dios vista á ciegos, vida á muertos. Mucho más esclarecido por haber repudiado muchas veces obispos; ilustre por su admirable piedad con Dios y misericordia con los pobres. Habiendo ilustrado todo el orbe con sus insignes libros y sermones, á los 84 años de su

edad murió en Lisboa con gran sentimiento de la república cristiana, el día antes del primero de Enero de 1589.»

El convento de Santo Domingo de Lisboa fué demolido por la revolución; pero afortunadamente la iglesia subsiste convertida en parroquia bajo la advocación de San Justo. En la antesacristía de esta iglesia visitan los viajeros el sepulcro de Fr. Luis de Granada, monumento sencillo, pero venerable; eslabón desprendido de la cadena rota de nuestras glorias nacionales.

Venga, á lo ménos en grabado, á honrar las páginas de LA ILUSTRACION CATOLICA, que tanto se goza en restaurar la memoria de nuestros grandes hombres, sepultada bajo las ruinas de los monumentos cristianos.

V.

CRISTINA.

NARRACION

POR RAMON SEGADE.

Adela, sorprendida y admirada por aquella apacible calma que se reflejaba en su rostro, como se refleja el azul puro y limpo de los cielos en la superficie de un tranquilo lago; se resolvió, entre temerosa y conmovida, á contar á Cristina lo que Fernando le había referido, que venia á ser la misma escena á que asistimos nosotros, cuando aquel, fuera de sí por las historias y embustes de Jacinta, escribió la desventurada carta, causa ocasional de la triste situación en que se encontraba Cristina. Esta oyó hasta el fin, y sin interrumpir ni en un punto, la relación que le hizo su amiga, y sólo al terminar exclamó:

—También Jacinta me ha calumniado! ¡Infeliz! la compadezcó y la perdono...

—Perdonarla, eso sí que nó, Cristina; no merece perdon una infamia por el estilo. ¡Inventar así, sin fundamento, trama tan diabólica! Pues no faltaba otra cosa!... No, yo no la perdono, y si la encuentro en mi camino, yo sabré desenmascarar tan redomada hipócrita...

—El perdón, Adela mía, es la mayor prueba de la grandeza de un alma... La señal que más revela el sentimiento verdaderamente religioso de un cristiano... ¿Cómo hemos de dirigirnos á Dios con un corazón donde se anida el rencor ó la venganza?... No dice el Señor en el Evangelio, que *antes de entrar en el templo, vé y reconcíliate con tu enemigo?*... Y cómo yo, que voy á comparecer ante Él, he de ir así, con tan fea mancha en mi alma?

—Veo que no hay medio de borrar de tu mente esa idea que se ha apoderado de tí... Siempre has sido aprensiva, y no me admira pienses de ese modo; sin embargo, yo quisiera que me dijese qué es lo que sientes ahora para que tanto insistas en esa idea.

—Siento que me voy á morir, Adela; conozco que esto te aflige y te causa un pesar... Pero al fin ello ha de ser. Ya no le era posible á Adela contener sus lágrimas, que corrían por sus mejillas al oír las palabras de su amiga.

—Mira, no te entregues así, continuó Cristina, á tan dolorosas demostraciones de cariño y de pena, que al fin serán inútiles; si deseas que yo vea á Fernando, dile que le espero tranquila.

Con los ojos arrasados de lágrimas, y con mal reprimidos sollozos, salió Adela en busca de Fernando, el que no estaba lejos de aquella estancia.

Nuestro héroe desde su llegada á la aldea no vivía sino en la casa de Cristina; no pudiendo hablar con ésta, lo hacía con Adela y con D. Antonio, los cuales en un principio no quisieron oírle, reprendiendo después su proceder y conducta inexplicable; pero fueron tales las razones que alegó y las pruebas de arrepentimiento que hizo, las explicaciones que dió del hecho que diera lugar á su locura, demostrando al mismo tiempo tanto dolor y aflicción, que el mismo D. Antonio, que era el más dispuesto á no verle ni ménos recibirle, consintió en ello, permitiéndole la entrada en su casa. De aquí el que Adela volviese luego con Fernando á la habitación de Cristina; una débil sonrisa se dibujó en los labios de esta sensible jóven al verle entrar y distinguir su timidez: esto parece que animó á Fernando, que cami-

naba lleno de recelo y de temor, sin atreverse á mirar de frente á su amada.

—Fernando, le dijo, ¿qué es lo que te detiene? Acércate y mírame, á pesar de que mi rostro debe estar muy diferente de lo que ántes parecía... ¿No es verdad?

Este no supo qué contestar, y sin hablar palabra acercóse á la butaca donde estaba Cristina, á cuyos pies cayó arrodillado, cubriéndose el rostro con ambas manos. Su lábios se negaban á pronunciar excusa alguna sobre su pasado desvarío, pero conocíase que su alma sufría horriblemente dominado por la vergüenza y el remordimiento. Cuando animado por las dulces y cariñosas frases de Cristina levantó sus ojos y las fijó en ella, más grande fué entonces su dolor, viendo cuán demacrado estaba su rostro y alteradas sus facciones, que inspiraba compasión y adivinábase luego un término fatal y desgraciado.

—El cielo, Fernando, no quiere coronar aquí abajo el amor que vive y alimenta nuestros corazones; lo reserva acaso para mejor y más cierto lugar, donde no puede temerse el que sea alterado ni cambiado jamás... Comprendo tu pena y tu angustia, porque siempre adiviné la bondad de tu alma... Pero ya sabes, á lo que Dios dispone y ordena sólo podemos oponer la humildad paciente y la resignación: espero que no te faltarán estas dos virtudes, porque creo que mi obra de más valía, mi verdadera conquista, Fernando, es haberte atraído hácia las eternas verdades de nuestra religión santa que tenías olvidadas; este es un gran consuelo para mí, y nada temo del porvenir...

—¡Ah! Cristina, razón tienes en creerlo así, pues al comprender toda la extensión del mal que te he hecho, créemelo, hubo un momento en que la desesperación vino á apoderarse de mi alma, y estuve á punto de buscar la muerte, si no hubiera venido en mi auxilio la fé que tú habías conseguido hacer volver á mi pensamiento y á mi corazón, y lo noble y grande de tus convicciones, que me hacían esperar el perdón de tan grave ofensa con que había herido tu puro é inocente amor... Pero desecha esas tristes ideas... No hables, nó, de morir, que nos afligjes y contristas...

—¿Para qué hacerse ilusiones, Fernando? La muerte se acerca más pronto de lo que podeis imaginaros, y debo disponerme para recibirla. Dejádme, pues que me siento muy fatigada y deseo estar sola.

La pobre jóven había sufrido mucho con aquella entrevista, por más que pretendiese ocultarlo, y había hablado más de lo que sus fuerzas se lo permitían, y conocíase que el mal progresaba rápidamente. Con voz un tanto desfallecida manifestó á Adela, que era la que más cerca tenía, sus deseos de pensar, como le dijo, en las cosas de Dios, pues ya se había despedido de todo lo que en la tierra dejaba, rogándole enviase á buscar al Padre C..., ejemplar sacerdote y distinguido hijo de la Compañía de Jesús, que vivía no muy lejos de la aldea, para prepararse con los Sacramentos, armas poderosas de la fé, en el duro trance de la muerte, que ya sentía próxima. Todos los que allí estaban no pudieron contener por más tiempo sus lágrimas: lloraba como un niño el pobre anciano D. Antonio, y lloraban también Fernando y Adela.

Aquí el autor de esta mal hurtada historia, cree que debe dejar contar á Fernando el final de ella, pues llegado á este punto, nadie mejor que él puede decirnos los sucesos que siguieron á la triste escena á que asistimos en el último capítulo. Por otra parte, no quiero privar al lector de la sencilla verdad y natural sentimiento, como fueron descritos aquellos nuevos; mis palabras serían siempre pálidas al lado de las de Fernando, y aparecerían, por mucho que yo hiciese para revestirlas y adornarlas, desprovistas del interés y del carácter propio que llevan siempre las que salen de los lábios del mismo que presencié y fué parte principal en los acontecimientos: hé aquí, pues, al pie de la letra, lo que me dijo:

—Desde el día de mi entrevista con Cristina, después de la locura que había cometido al escribir aquella carta fatal, hasta el siguiente por la noche, en que dejó de existir, no he podido descansar ni un momento tranquilo: no hacia más que entrar y salir en aquel gabinete donde moría un ángel: sí, el ángel de mis sueños, de mis amores. Su muerte, si puede decirse así de un sér puramente humano, fué un

tránsito; salió de este mundo sin pesar ni angustia. Todos cuantos la rodeaban, yo, y la misma Adela, que tenía siempre una de sus manos cogida entre las suyas, solo nos apercibimos del momento en que su espíritu había volado al cielo, al notar la falta absoluta de respiración y la rigidez que presentaron luego sus facciones: tan tranquila fué y apacible su muerte. Desde aquella hora no pude permanecer ni un instante más en aquella casa, y salí como un loco cruzando senderos y subiendo y bajando cerros sin saber á donde iba...

»Por fin, cansado, fatigado y rendido, lleno de angustia y de dolor, llegué á mi casa, entré en esta misma habitación donde ahora estamos, y aquí he permanecido un día entero sin comer ni hablar con nadie. Al cabo de esto, una idea vino á despertar mi abatido espíritu. ¿Será posible, me dije á mí mismo, que no des trégua á tu dolor, para dar el último adiós á la que te fué tan querida, ántes que la tierra esconda para siempre sus restos inanimados? ¿No tendrás más valor que Adela, que constantemente veló á su lado, y allí permanecerá seguramente?...

»Te confieso que esta idea me dió fuerzas para levantarme de la postración y abatimiento en que había caído en la misma tarde en que había de trasladarse el cadáver de mi amada Cristina á una lancha, y desde allí á un vapor que esperaba en la embocadura de la ría, para después conducirlo á la ciudad de... y depositarlo allí en el panteón de su familia; me resolví á salir de su casa para asistir á aquella fúnebre ceremonia. Pero, amigo mío, al llegar cerca del punto que estaba señalado para recoger los restos mortales de la jóven sin ventura, me faltaron las fuerzas y me ví obligado á detenerme. Era el lugar aquel una pequeña loma coronada de pinos; la tarde una de esas tardes de otoño en que el sol aparece cubierto de espesas nubes sin color definido, y que sólo por momentos dejan ver el hermoso azul del cielo, y alguna que otra ráfaga de un rojo pálido; era, en suma, una tarde como de invierno, triste y sombría...

»Al poco tiempo de permanecer en aquel lugar, distinguí allá lejos de donde yo estaba, un grupo de gente que caminaba, al parecer, en silencio; por entre aquel grupo veíase sobresalir un ataúd que encerraba lo que yo más había querido en el mundo. Quise entonces bajar de la loma y formar parte de aquel fúnebre cortejo; pero el dolor y el pesar que sentía no me permitían dar un paso, por más que yo tanto deseaba seguirlos. Viendo que no podía vencer esta resistencia que me privaba de todo movimiento, ántes de agotar inútilmente mis fuerzas, me decidí á ver y observar desde aquel punto. Recuerdo muy bien todo lo que pasó entonces como si estuviera viéndolo ahora mismo: luego que los hombres que conducían el ataúd llegaron á la orilla de la ría, lo depositaron en el suelo, colocándolo después en la lancha que esperaba ya aquel momento para partir. Yo he sentido después los golpes que daban los remos al caer el agua, y al poco tiempo ví ocultarse para siempre bajo el entrepuente del vapor aquella preciosa carga; después... el buque levó anclas y salió hácia el mar... Yo permanecí en aquel sitio hasta que se perdió de vista por completo, confundiendo con el horizonte.

»No sé cómo explicarte el sentimiento que se apoderó de mi alma, la inmensa soledad en que me encontré y el vacío que sintió mi corazón; solo recuerdo que postrado de rodillas en aquel mismo lugar, elevé al cielo una oración para que por aquella alma pura que tan pronto había dejado el mundo, me concediese la virtud de la resignación; allí hice el sacrificio de mí mismo, prometí abandonar el mundo consagrándome á una vida de retiro y de expiación... Después me sentí más dueño de mí mismo, y aún cuando mi corazón estaba lleno de dolor, mi rostro aparecía sereno... Luego ya sabes lo demás; solitario y con muy contados amigos, y entre mis libros, esperando el momento en que Dios quiera llevarme de este mundo, cuyos encantos no tienen ningún valor ya para mí: esta es mi vida; no deseo la muerte, cuyo pensamiento lo creo siempre criminal, pero la aguardo resignado...

—Todo esto está muy bien, pero Adela y D. Antonio, qué se hizo de ellos? pregunté á mi amigo Fernando.

—A lo que parece, tú eres de aquellos lectores de novelas que no quieren que se les deje nada que adivinar, y desean saber hasta la suerte que han

corrido los más insignificantes personajes que han entrado en escena, de modo y manera que para satisfacer su deseo, había que hacer tantas novelas como fuese el número de aquellos que hubiesen aparecido en ella. En el presente caso, esto en parte puede ser hacedero y fácil; por fortuna conservo religiosamente dos cartas que podrán sacarnos de dudas solo con leerlas; una es de D. Antonio y otra de Adela. La primera la recibí á los pocos días de la muerte de Cristina, y dice así: «Mi querida Cristina me encargó mucho entregase á usted esos libros de devoción que eran los que usaba diariamente: cumplió su última voluntad enviándoselos antes de salir de esta aldea, que lo haré dentro de una hora, para no volver más. — Antonio. —» La otra llegó á mi poder un año después de la muerte de Cristina, y voy á leerla también; comienza así: «Por la fecha que lleva esta carta recordará usted que ayer hizo un año que dejó este mundo nuestra inolvidable Cristina; yo que nada podía esperar de él, he renunciado á sus engaños y locuras tomando el velo, y profesando en el convento de Clarisas de la ciudad de... el mismo día en que se cumplía el año en que ella también lo dejó para irse al cielo. Un escrúpulo y no pequeño me asaltó á los principios, y era considerar si mi vocación era buena y santa y no hija de sentimientos puramente humanos. Pero aquietéme luego el pensar que en todo esto tenía mucha parte la memoria de Cristina, y como á ésta todos la teníamos por santa, y creemos piadosamente está gozando de Dios, conocí que ella era la que debía haber hablado á mi corazón por permission del Señor. Ciertamente que su vida y su muerte me ha hecho reparar sus cosas, en las que yo me fijaba y creía muy de ligero; verdades que yo tenía como tales, he visto que no eran sino mentiras inventadas por nuestra vanidad para entretener nuestros instintos y sentidos corporales; y así, de conclusion en conclusion, vine á conocer que la verdad más cierta está en encaminar el alma hacia el cielo, de donde todo viene. Estas paredes, estos hierros que me rodean, mirábalos antes con pena, asustábame solo el verlos; pero hoy se han vuelto

tan dulces, les he tomado tanto apego, que sería mi mayor desgracia el tener que abandonarlos. Como ya no nos veremos más, como su nombre va unido al de Cristina, y como al fin su alma de usted no está cerrada á las cosas de Dios, he creído que debía despedirme de usted para siempre. No lo hubiera hecho

dó, una mujer pidió con insistencia á la Superiora se la permitiese hablarme; yo no podía dar en qué mujer sería, ni qué asunto podría interesarme tanto según ella aseguraba; la Superiora tomólo ya como caso de conciencia, y me ordenó por precepto que fuese á oírla. Bajé, pues, al locutorio, y encontréme

con Jacinta, quien toda llorosa y avergonzada, díjome que tenía una deuda por satisfacer para con Cristina, por cuanto la había injuriado y calumniado manchando su nombre y su fama inmaculada con invenciones malignas sobre su conducta, que fueron causa de enloquecerle á usted hasta el punto de olvidar por un momento tan sincero amor como ustedes se tenían, y que todo había sido hurdiado y fantaseado por ella. Víla tan triste y afligida, que no me atreví ni aún á reprenderla, y antes por el contrario, consoléla como pude, alabando su arrepentimiento y conducta de ahora. Su conciencia estaba atormentada por la idea de que llegase á usted todo esto, pues quería que usted lo supiese; y preguntóme un medio de aquietarla. La tranquilicé, prometiéndola que yo me encargaría de instruirle á usted de todo, aún cuando lo consideraba innecesario, puesto que las dudas que pudiera abrigar respecto á la conducta de Cristina, se habían desvanecido ya por completo. Contéle después todos los pormenores de su muerte, que oyó admirada; y ahora en conclusion le daré el último consejo: no se olvide nunca de nuestra querida amiga; su memoria podrá servirle de poderoso talisman en los combates de este mundo: hablo por propia experiencia.»

Aquí terminaba la carta de Adela, y cree el autor debe terminar también su pobre relacion, pues por bastante tiempo ha venido abusando de la bondad de los benignísimos lectores que la siguieron hasta el

FIN.

RAMON SEGADE.

Solucion del jeroglífico del número anterior:

Una sátira corta divierte, una justificación larga fastidia.

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

SUMA FILOSOFICA DEL SIGLO XIX,

O SEA: DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Coleccion de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático, sobrenatural, filosófico, científico, político y social,

FORMADA POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

CONDICIONES.—El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas, de impresión á dos columnas de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario; su precio, en rústica, 12 reales; en pasta 18.—El tomo 2.º (1.ª parte), consta de 1,644 páginas también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos; en rústica, 36 reales; en pasta, 44.—El tomo 3.º (2.ª parte) consta de 1,700 páginas; en rústica, 36 reales; en pasta, 44.—El tomo titulado: *O'Connell, El Anticristo y la Revelacion de San Juan*, consta de 1,240 páginas, y comprende el material de doce tomos; en rústica (total de la obra 95 tomos), 28 reales; en pasta, 36.—Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio: en rústica, 2 reales y 3 en pasta.—Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra

coachable en Barcelona, se remitirán los tomos al punto que se designe. Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda.—Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y C.ª, librería católica, calle de Archs, 8, Barcelona.—*El producto de la venta de todos estos volúmenes, se dedica íntegro al DINERO DE SAN PEDRO.*—Fíjese la atención en que el precio, tanto de los tomos publicados hasta la fecha de las dos primeras partes de esta obra, así como el de los que faltan, es muy inferior al valor intrínseco del material que contienen; pues, á lo sumo, representa dos terceras partes del mismo; y resulta *gratis* la otra tercera. Acaba de publicarse el tomo II (tercera parte) letra A: *Cainismo, Masonismo, Internacionalismo*. Consta de 900 páginas; en rústica 24 reales y en pasta 36.—PUNTOS DE DESPACHO.—Barcelona: Pons y C.ª, Archs, 8; Sucesor de la viuda Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puerta-Ferrisa; D. Carlos Vives, plaza de Sta. Ana.—D. Eudalga Puig, plaza Nueva. *Revista Popular*, calle del Pino, 5.—Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, calle de Pontejos, 8; Sres. Perdiguer y C.ª, San Martin, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

NOTA.—Están ya casi enteramente traducidos y á punto de darse á la estampa, todos los materiales de que constarán las tres partes del Tomo III de la *Suma Filosófica*.